

No pude volver al llano con los demás. Recé un Rosario con la máxima devoción que pude y regresé cuanto antes a mi casa para escribir todo lo que había vivido antes de que se me olvidara. Este es un pobre relato, pues no hace justicia a las maravillas que pude observar y comprender, de lo que viví aquel día. Lo escribí aquella misma tarde. Espero que te ayude para entender más profundamente el misterio de la Santísima Virgen María y sobre todo para que la ames y te entregues y consagres a Ella con devoción y amor.

Encuentra más contenidos que pueden ayudarte en:

- * www.consagrationalavirgen.com (aprende aquí a consagrarte a la Virgen)
- * Canal de Youtube ADJEMA (*Ad Jesum per Mariam*)

EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA



ÁLVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

(Esta visión es un relato figurado que, no obstante, explica con precisión todo lo que Dios nos ha revelado, la Iglesia enseña y los santos explican sobre la Virgen María)

Yo, Héctor, quiero consignar aquí, para gloria de Dios y provecho de las almas, la visión que tuve acerca de la Santísima Virgen María.

Era un sábado por la mañana. Había acudido a una romería en honor de la Virgen María. Consistía en caminar durante cerca de hora y media por un camino campestre para llegar a una ermita colocada en lo alto de un cerro donde se veneraba una antigua imagen de la Virgen. La caminata (durante la cual se rezó algún Rosario) y la visita a la ermita (con una sencilla pero devota celebración de la Santa Misa) me gustaron mucho y ayudaron a mi alma a crecer y profundizar en la vida cristiana. Lo que no me gustó tanto fue lo que vino a continuación.

Las personas participantes bajaron a un llano que estaba cerca del cerro de la ermita. Allí comimos. Todos compartimos lo que cada cual había traído para comer. Lo que podía haber sido un momento alegre empezó a nublarse: la bebida empezó a correr de más. Pronto comenzaron a escucharse groserías: chistes verdes, cantos inadecuados... Personas claramente afectadas por el vino empezaron a bailar, gritar, proponer juegos que creaban situaciones ambiguas e indecentes... Yo no sabía donde meterme porque no me sentía cómodo participando en toda aquella juerga que cada vez se alejaba más de lo vivido en la mañana. Dando vueltas (por ver si encontraba algún grupo que todavía mantuviera cierta normalidad) acabé

aguantar más por el exceso de alegría y felicidad que me embargaba, todo desapareció y volví a encontrarme en la ermita, sólo, de rodillas, en un banco.



sagrado y virginal donde se había encarnado y desarrollado el Hijo de Dios hecho hombre, también fue glorificado, llenándose de una luz bellísima.

-Justo es –dijo San Bernardo– que aquella que se unió totalmente a la misión de Jesús padeciendo junto a Él en la cruz recibiera los triunfos de la salvación de Cristo no sólo en su alma, mediante la Inmaculada Concepción, sino también en su cuerpo, participando ya de la gloria celestial en toda su realidad humana: cuerpo y alma.

En ese momento vi como la Virgen era arrebatada al Cielo. Aparecieron tantos ángeles acompañándola que no creo exagerar si hablo de millones y millones. Era un espectáculo increíble, arrebatador, que producía un gozo tan intenso que durante un instante pensé que iba a morir de pura alegría. Los cantos y la música eran una maravilla. Un poderoso ángel encabezaba todo el cortejo con un pergamino en el que podía leerse:

“Pronunciamos, declaramos y definimos ser dogma divinamente revelado que la inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, terminado el curso de su vida terrena fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial” (Pío XII)

Y entonces vi algo inenarrable. La Virgen, colocada en lo más alto de los cielos, era coronada por Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo como Reina de toda la creación. Pero no una reina al estilo humano sino una Reina de amor, misericordia, dulzura, pureza, santidad... Una Reina para cumplir y cooperar en la obra de salvación de la humanidad y para restaurar toda la creación en la voluntad divina. Y justo en ese momento, cuando mi pobre ser no podía

cerca de unas personas que parecían mantener una conversación interesante. Cuando me acerqué me quedé helado: estaban hablando de todo tipo de temas con una visión totalmente alejada de la fe cristiana, ¡a pesar de haber participado unas horas antes en una celebración profundamente creyente! No pude aguantar más cuando una de aquellas personas empezó a cuestionar la figura de la Virgen María diciendo que la Iglesia Católica había ensalzado como si fuera una diosa a una mujer que seguramente sería tan normal como nosotros. Salí de allí triste y desconcertado.

Empecé, lentamente, a subir de nuevo al cerro de la ermita. Sabía que la habían dejado abierta por la tarde por si alguien quería visitar la imagen. Cuando llegué la ermita estaba vacía: nadie quería subir allí. Descargando todas las emociones vividas me senté en un banco y me puse a llorar hundiendo mi cabeza entre mis manos. Creo que pasaron varios minutos en este llanto desconsolado.

De repente escuche una voz muy dulce, como si fuera un niño:

-No llores.

Levanté la cabeza. Aquella voz hablaba con dulzura y al mismo tiempo con firmeza. Delante mía había un niño de unos cinco años, vestido como un monaguillo, con un alba blanca. Me llamó la atención su mirada: era la de un adulto.

Intenté decir algo, pero estaba tan sorprendido que no me salieron palabras. El niño empezó a andar hacia la puerta de la ermita mientras me dijo:

-Ven, sígueme.

Impulsado por un sentimiento de confianza me levanté y seguí a aquel misterioso personaje. Cuando salimos por la puerta quedé realmente alucinado: no estábamos en el cerro de la ermita. Nos encontrábamos en una preciosa montaña, llena del césped más verde que he visto jamás, los árboles más hermosos que puedo recordar y las flores con los colores más increíbles que ni siquiera imaginaba podían existir. El ambiente era cálido y apacible, por aquí y por allí se veían grupos de mariposas que daban a todo el conjunto un aire alegre, gozoso y lleno de mucha paz.

-¿Pero qué es este sitio? –pregunté lleno de asombro.

-Hoy te serán reveladas maravillas del mundo espiritual que os son incomprensibles por su altísima belleza. Por eso has sido transportado a un estado y lugar espiritual hermoso y bello, acorde a lo que vas a recibir.

En ese momento una esplende luz apareció a unos quince metros de donde nos encontrábamos. En ella había tres figuras que empezaron a caminar hacia nosotros.

-De entre tantos santos, hombres y mujeres, que han tenido una luz especial para comprender el misterio de la Madre celestial estos tres han sido los elegidos para instruirte y enseñarte –dijo el niño.

Mientras hablaba aquellas figuras llegaron ante nosotros. Se trataba de tres hombres que irradiaban una especie de luz suave y tenue, bellísima. Iban vestidos con unas túnicas blancas con muchísimos detalles hermosos de diferentes colores. Me llamó la atención que el color más predominante era un azul celeste bellísimo, con una intensidad y colorido

los días! Y por supuesto consagraos a la Santísima Virgen María para que Ella pueda guiarnos más perfectamente por el camino del Evangelio que os lleva al Cielo eterno.



Yo intentaba retener como podía todas estas palabras pues las veía muy útiles para perfeccionar mi devoción hacia la Virgen.

-¡Es tan increíble lo que he vivido! –dije– ¡Ni en mil años podría olvidar las maravillas que hoy me habéis hecho comprender y entender!

-¡Oh, esto no es nada! –dijo San Alfonso–; apenas has visto una milésima de la grandeza de la Madre celestial.

De repente se escuchó un formidable trueno. En el círculo del cielo pude observar el momento en el que la Virgen abandonó la tierra: el momento de su plena glorificación y entrada en el Cielo. Fue indescriptible ver como no sólo su alma se elevaba a la gloria celestial. Su cuerpo, ese cuerpo

extremadamente importante que vuestra devoción hacia Ella sea auténtica y verdadera.

-¿Cómo sabremos si nuestra devoción hacia la Madre es correcta?

-Por sus frutos. La verdadera devoción a la Virgen no se queda en un simple sentimentalismo. La auténtica devoción a la Virgen siempre os llevará a un crecimiento espiritual: os acercará más a Jesús, a la oración, a los sacramentos, al amor al prójimo, a la práctica de las virtudes... la verdadera devoción a la Virgen os llevará a una mayor conversión. Es imposible amar de verdad a la Virgen sin que ello os lleve a romper con el pecado en vuestra vida. Todos aquellos que usan las romerías, procesiones y demás actos de piedad en honor a la Virgen como un simple momento para vivir emociones sin querer convertir su vida ni acercarse más profundamente a Jesús cometen un gravísimo error.

Sentí un dolor muy grande por lo que había visto aquella misma tarde en la romería: gente borracha, hablando indecencias, alejados de la oración y los sacramentos, en situaciones afectivas contrarias al plan de Dios...

-Asimismo –continuó San Luis–, usad con devoción las medallas en honor a la Virgen, el santo Escapulario y sobre todo el rezo del Santo Rosario. No lo recéis rápido, sin devoción. El Santo Rosario es un arma potentísima: es una cadena que os protege. Con ella atáis al demonio e impedís su actuación. Con ella podéis alcanzar grandes gracias para los demás. En el santo Rosario bien rezado están los principales misterios de la vida de Cristo para traeros salvación y luz. ¡Rezadlo con amor, con el corazón, todos

sumamente agradable a la vista, como nunca jamás había visto.

El niño, señalándolos, dijo:

-Ellos son San Bernardo, San Alfonso M^a de Ligorio y San Luis M^a Grignión de Montfort.

A continuación se marchó monte abajo.

Elegida y santificada por Dios

-Hemos venido para hablarte de la Santísima Virgen María. Tu dolor y llanto por lo acontecido hoy en la romería ha merecido esta gracia –dijo San Bernardo.

Yo estaba todavía perplejo por lo que estaba ocurriendo a mi alrededor y no supe qué responder a estas palabras.

-No hablaremos mucho pero te mostraremos imágenes espirituales que luego podrás transmitir a los demás. El Espíritu Santo se encargará de iluminar el corazón de aquellas personas buenas que te oigan para darles a entender la profundidad de todo lo que vas a ver y oír –añadió San Luis.

Yo seguía en silencio. Me sentía como un niño que está recibiendo lecciones de sabios maestros. En ese momento sólo quería aprender y comprender todo lo que quisieran decirme.

De pronto se escuchó un ruido en el cielo. Alcé la vista y vi un gran círculo dorado sobre las nubes. Dentro vi una representación de Dios. Allí estaban las tres personas divinas: el Padre Eterno, el Hijo Eterno y el Espíritu Santo Eterno. Surgió una figura: la silueta de una mujer

majestuosa. Vi como las tres personas divinas que forman el único y solo Dios rodeaban la silueta. Notaba y sentía una profunda complacencia y amor de Dios hacia aquella mujer.

-Has de entender –me dijo San Alfonso– que la Santísima Virgen María fue preparada por Dios desde siempre, en un profundo designio realizado en lo más íntimo del misterio de la Santísima Trinidad. Desde el momento en que Dios decidió hacerse hombre fue designada y elegida una madre para esa naturaleza humana encarnada del Hijo eterno.

-Por lo tanto –siguió San Luis –para entender el misterio de la Virgen María no podéis separarla del misterio de Jesucristo, ya que están íntimamente unidos en el plan eterno de Dios. No se entiende a la Madre sin el Hijo.

-Todas las relaciones de la Virgen María con Dios eterno son tan profundas y misteriosas –añadió San Bernardo – que jamás ninguna mente humana ha podido comprenderlas con exactitud. Ella es la hija más querida del Padre eterno, con la que además comparte el gozo de poder llamar al Hijo eterno con la misma palabra con la que lo nombra el Padre: “Hijo”. Ella está íntimamente llena del Espíritu Santo que ha producido en María su mayor y más admirable obra de gracia y salvación: la encarnación del Hijo eterno. Pero sobre todo Ella tiene especial relación con la persona eterna del Hijo que se hizo hombre en Ella, se formó en su seno y dejó que su infancia y adolescencia fueran guiadas por María.

En ese momento las tres personas divinas que veía en el círculo se derramaron sobre la silueta de la mujer llenándola de tanta luz, bendición y gracia que me es imposible

por Ella si quisiéramos y se lo permitiéramos! ¡Díselo, díselo con todo tu corazón! Dile que la amas y que quieres estar con Ella. Dile que te ayude a sentir su presencia en tu vida y a caminar bajo su mano. Con Ella no te perderás, con Ella hallarás puerto de salvación.

Caí de rodilla llorando todavía de pura alegría por cuanto acababa de entender sobre el amor de la Virgen por cada uno de nosotros y su función maternal. El mismo ángel de antes sobrevoló mi cabeza con un nuevo pergamino. En él podía leerse:

“Ella continúa ahora desde el cielo cumpliendo su función maternal de cooperación en el nacimiento y desarrollo de la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos. Es ésta una verdad muy consoladora, que, por libre beneplácito de Dios sapientísimo, forma parte integrante del misterio de la humana salvación; debe, por tanto, ser considerada de fe por todos los cristianos” (Pablo VI, Signum magnum)

Una verdadera y auténtica devoción

No sé cuanto rato permanecí de rodillas, llorando con un gozo interior inexplicable y con el corazón lleno de agradecimiento a Dios por habernos dado a la Virgen María. Una mano sobre mi hombro hizo que me levantara nuevamente. Era San Luis que, con una sonrisa llena de complicidad, me dijo:

-¿Ves ahora la importancia de que tengáis una correcta relación con la Virgen? Eso se llama devoción. Y es

conversión del agua en vino en una boda (*Jn 2, 1-11*) también fue hecho a través de la Virgen que fue la que intervino mediando para que pudiera ocurrir. Esto no fue una casualidad sino un plan de Dios para mostrarnos el papel de mediadora, totalmente subordinada al Mediador que es Cristo, que María realiza con la humanidad y como Él nos da su gracia y sus bendiciones a través de la Virgen ya que Él mismo ha querido convertirla en Madre espiritual. Jesús nos da sus gracias, tanto las espirituales como las materiales, a través de la Virgen, como hizo en el Evangelio con sus primeros milagros. Comprendí que la relación de la Virgen con cada alma humana es única y especial. Ella tan sólo busca unirnos a su Hijo Jesús y alcanzarnos el don del amor de Dios y la salvación de nuestras almas. María no quiere nada para si misma: todo lo que hacemos en su honor lo ofrece inmediatamente a la gloria divina y lo usa para acercarnos más a su Hijo. Entendí porque Dios permite que la Virgen se aparezca en el mundo (Lourdes, Fátima...): no hace más que cumplir con el encargo recibido de ser la Madre que guía a los hijos por el camino de salvación. Entendí lo importante de acoger esos mensajes con humildad y ponerlos en práctica.

Mientras mi mente seguía iluminada con estos misterios empecé a llorar de pura alegría. ¡Oh, si pudiera hacer comprender el amor que la Virgen siente por cada alma! ¡Oh, mi querido lector, si fueras consciente del gran amor que la Virgen te tiene, de lo mucho que le preocupa tu alma, de cómo sólo desea tu unión con Jesús y tu salvación eterna, de lo fácil que es dejarse guiar, amar y acompañar

describir la grandeza tan alta en la que está colocada la Santísima Virgen María por el mismísimo Señor. Creo que en ese momento comprendí por primera vez lo que muchas veces había leído en los escritos de algunos santos y que parecía cierta exageración: “Más que María, sólo Dios”.

El círculo en el cielo desapareció. Me volví hacia los tres santos:

-Es increíble lo que acabo de entender del misterio de la Virgen. ¿Cómo podré transmitirlo a los demás? No hay palabras...

-Ya te lo hemos dicho –dijo san Luis–. Tu límitate a contar las imágenes que vamos a mostrarte y las palabras que te diremos. Los corazones buenos y humildes que te lean recibirán una luz para poder desentrañar la profundidad espiritual de todas estas cosas.

-Hay muchas personas –dije recordando justo lo que me había pasado aquella tarde–, incluidos creyentes, que piensan que la Virgen fue una mujer normal, que no se distinguía en nada de nosotros.

Observé como los tres santos se miraron con una leve sonrisa, que expresaba tristeza y pena.

-Realmente la Virgen fue una de nosotros –comentó San Alfonso– pues compartió en todo nuestra naturaleza humana. Pero por su altísima misión de ser la madre del Hijo eterno recibió gracias y privilegios muy por encima de cualquier ser humano. Vamos a mostrarte el primero de todos.

En ese momento volví a ver el círculo en el cielo. Esta vez vi algo dentro que me llamó poderosamente la atención: era

justo el momento de la concepción de un ser humano. Un espermatozoide y un óvulo se unían creando una nueva configuración biológica distinta a la del padre y la madre: ¡una nueva vida humana se gestaba! A pesar de que era algo maravilloso (pues en ese momento me habían colocado en un altísimo estado de entendimiento y comprendía todos los procesos biológicos impresionantes que implican la aparición de una nueva vida humana, hasta el punto de que hubiera sido capaz de escribir varios libros muy gruesos de páginas para explicarlo todo) no fue eso lo que llamó mi atención sino la aparición del alma. Vi con una claridad inusitada como el alma humana era creada por Dios, en un acto de amor divino inenarrable, e infundida sobre esa nueva vida humana. ¡Aquello era tan maravilloso que me sorprendí a mi mismo llorando de alegría mientras lo contemplaba! Pude además ver distintas concepciones pues me fueron mostradas varias.

-¿Te parece admirable? –dijo uno de los santos.

-¡Es lo más maravilloso que he visto jamás! –respondí emocionado.

De repente apareció una nueva concepción. Pero esta vez fue muy diferente. Justo en el momento en el que Dios creaba el alma vi que estaba llena de una luz grandísima. Entendí que aquella alma estaba en gracia, unida desde el mismísimo instante de su creación a Dios, en plena amistad con Él. Asimismo presentí que sobre aquella alma se cernía el misterio de la cruz salvadora de Jesús de una manera especial. Con toda esa enorme luz y gracia el alma quedó unida a la parte biológica resultando de aquella unión la

Con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Lo cual, sin embargo, ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador (Santo Concilio Vaticano II)

En ese momento San Luis se acercó hasta mi y me tocó la frente con el Rosario que llevaba en sus manos mientras decía:

-Aprovecha la gracia que se te concede y comprende con más plenitud el misterio.

No puedo explicar del todo lo que sucedió entonces. Es como si mi mente se abriera para poder comprender el sentido espiritual del misterio de la Virgen, especialmente en lo referente a las Sagradas Escrituras. Vi con una claridad total como el primer milagro en el orden de la gracia que hizo Jesús en la Tierra fue la santificación de su primo Juan mientras estaba en el vientre de Isabel. Y ese milagro fue hecho a través de la Virgen, usando sus palabras para transmitir la gracia, como la propia Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, comprendió y reveló: *¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor? Pues en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre (Lc 1, 43-44)* Al mismo tiempo observé como el primer milagro que hizo Jesús públicamente en el orden material, la

Un ángel de aspecto poderoso, sin duda alguna de los más cercanos a Dios (no sé quién era, no se me dijo su nombre) paso volando por encima nuestra con un pergamino donde podía leerse:

“Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando murió en la cruz, cooperó, en forma enteramente impar, a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra Madre en el orden de la gracia” (Santo Concilio Vaticano II).

-Pero esto es... maravilloso –dije totalmente asombrado–; ¡jamás pensé que la importancia de la Virgen en la vida de cada persona fuera tan grande!

-Así es –continuó San Alfonso–. Ella es nuestra mediadora.

El mismo ángel volvió a pasar desenrollando nuevamente el pergamino donde ahora podía leerse:

“Uno solo es nuestro Mediador... Sin embargo, la misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder. Pues todo el influjo salvífico de la Santísima Virgen sobre los hombres no dimana de una necesidad ineludible, sino del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta....

concepción más santa y pura de todas las que había contemplado.

-¿Qué maravilla es ésta?

-Es la sagrada concepción de la Virgen María –dijo San Alfonso–. Todos nosotros somos concebidos y nacemos con las consecuencias del pecado original, triste mancha de los primeros seres humanos que ha afectado a todo el mundo. Nacemos con una biología desordenada en su equilibrio emocional, inclinados al pecado. Nacemos, asimismo, privados de la gracia divina. Toda alma humana es creada sin estar en comunión de amistad profunda con Dios. Pero Ella no: por haber sido elegida para ser Madre del Hijo eterno recibió de una manera perfecta y de forma anticipada la sagrada salvación de Cristo en la cruz, sin la cual nadie puede estar en gracia, y fue concebida sin pecado original. Ella es la que fue creada en estado de gracia, llena de la gracia de Dios desde el mismísimo instante de la concepción.

Estaba maravillado mientras escuchaba estas palabras pues la visión me hacía comprender con gran claridad este misterio que la Iglesia llama “Inmaculada Concepción” y que ahora entendía con una profundidad nueva.

Un ángel hermosísimo apareció volando en el Cielo. Era tan hermoso y poderoso que debía tratarse, sin duda alguna, de los ángeles más santos y cercanos a Dios. Llevaba un gran pergamino que desplegó mientras volaba. Al hacer esto sonó una música tan bella y espiritual que toda mi alma quedó inmediatamente elevada a una altura mística

totalmente imposible de explicar. En el pergamino podía leerse, con grandes letras doradas, lo siguiente:

“Declaramos, pronunciamos y definimos que la doctrina que sostiene que la beatísima Virgen María, en el primer instante de su concepción, por gracia y privilegio singular de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano, fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original, ha sido revelada por Dios y, por tanto, debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles”



al pie de la cruz, con sumo amor por nuestra salvación, a los de su Hijo Santísimo. Y aunque sólo Jesús es el Salvador de la humanidad ÉL, dada la íntima unión de su madre con su misión salvadora, ha aceptado este ofrecimiento y lo ha unido al suyo para que en cierta manera también María colaborara al pie de la cruz como “MADRE” en el nacimiento espiritual de cada alma a la vida de la gracia. Por eso fue tan conveniente proclamarla como Madre justo en ese momento.



Comprendí que se convirtió en la perfecta discípula de Jesús pues atendió y puso por obra todo aquello que su Hijo enseñaba.

Maternidad espiritual

De repente se hizo un silencio absoluto. Todos los cantos angélicos cesaron. En el círculo del cielo vi la cruz de Jesús. Él estaba allí, sufriendo, agotado, con todas las heridas de la Pasión abiertas y sangrantes. Se escucho su voz: una voz potente, grave, que parecía venir de todos sitios y que llegó hasta lo más profundo de mi corazón:

-AHÍ TIENES A TU MADRE (Jn 19, 27)

Comprendí que aquello no sólo se me decía a mi. Se le decía a todo el mundo y, de forma misteriosa, a toda la creación.

La Virgen estaba al lado de la cruz. Me di cuenta de algo increíble: una especie de hilo dorado, no material sino espiritual, salía del corazón de María y se dirigía a mi. Aquello establecía una estrechísima relación entre nosotros. Por primera vez en mi vida noté el amor de la Virgen sobre mi: ¡era tan inmenso, tan dulce, tan tierno! Sólo buscaba mi bien y mi unión con Dios.

-Estas viviendo el misterio de la maternidad espiritual de la Virgen María –me dijo San Alfonso-. Ella, al concebir, tener en su seno y dar a luz a Jesús, Salvador de la humanidad y cabeza de la Iglesia, ha concebido, tenido en su seno y dado a luz espiritualmente a todos aquellos que forman parte de Jesús. Ella, asimismo, ha unido todos sus dolores

-Son las palabras con las que el Papa Pío IX declaraba como verdad de fe revelada por Dios la Inmaculada Concepción –dijo San Alfonso-. El ángel que lo lleva es el arcángel Gabriel que tuvo el privilegio de revelar este misterio al llamar a la Virgen *llena de gracia* (Lc 1, 28).

La Madre de Dios

El círculo del cielo cambió. Ahora pude ver, rápidamente, pequeñas escenas de la vida de la Virgen. Todas se referían a sus primeros años: la vi de bebé, a la edad de un año, de tres años, de cinco años, de ocho años....

Me es muy difícil describir lo que entendí. Ella era realmente un ser humano como nosotros. De hecho si había algún ser humano al que le adecuara perfectamente el término “ser humano” era Ella: pues al estar libre del pecado original, de la inclinación al mal y del desequilibrio pasional, realizaba su vida en una armonía y paz interior tal y como Dios había querido para todos los seres humanos si la entrada del pecado no hubiera resquebrajado tan hermoso plan. Y no obstante, a pesar de su plena y perfecta humanidad, estaba colocada en una altura de santidad totalmente única y exclusiva. Su alma se elevaba al diálogo y a la comunión con Dios como jamás ningún santo, por grande, místico y puro que haya sido, ha podido alcanzar. Al mismo tiempo todo esto era vivido en una sencillez, humildad y pequeñez tan grande que resultaba increíble comprobar como la criatura más santa que Dios había creado era al mismo tiempo la más sencilla, humilde y

pequeña. Servía a Dios y a los demás con un corazón entregado única y exclusivamente a la mayor gloria de Dios y al bien material y espiritual de las almas. No puedo decir cuánto amor había en todo lo que la Virgen hacía porque jamás había pensado que una persona humana pudiera vivir del puro amor. Pero así era: todo en la Virgen era amor, amor y amor.

-¿Has visto el grandísimo grado de santidad que la Virgen tenía en sus primeros años de vida por su Inmaculada Concepción y su perfecta correspondencia a todas las gracias que Dios le daba? –me preguntó uno de los santos.

-Sí. Jamás hubiera podido imaginar que un ser humano pudiese alcanzar semejante unión de amor con Dios aquí en la tierra.

-Pues aún no lo has visto todo. Eso no fue sino el comienzo. Cuando María recibió y aceptó la gran misión para la que fue creada su vida de gracia fue elevada y colmada a abismos de amor divino que ninguna mente creada puede tan siquiera sospechar.

-¿Cómo? –dije admirado-. ¿Aún más santa que lo que acabo de contemplar?

-Sí. Observa el momento en el cual la Virgen fue constituida Madre de Dios.

En el círculo del cielo apareció una escena muy conocida por todos: el arcángel San Gabriel apareciéndose a la Virgen para comunicarle el plan de Dios sobre su vida: ser la madre de Jesús, el Hijo de Dios eterno, que venía al mundo para salvar a la humanidad. No sabría explicarlo del todo pero entendí con claridad que aunque la Virgen había sido

Detrás iban numerosísimos ángeles cantando una nueva melodía tan profunda e intensa como la anterior. Repetían continuamente: “Virgen antes del parto, Virgen durante el parto, Virgen después del parto, Virgen siempre...”

De repente la luz que había llenado el círculo del cielo desapareció. Pude ver a la Santísima Virgen María embarazada, tocando suavemente y con mucho amor su barriga. Lo que entendí entonces me colmó de una felicidad inmensa: comprendí el lazo estrechísimo, la unión perfecta, que desde el momento de la Encarnación se creó entre Jesús y María, entre sus corazones. Ella vivía totalmente para Él, entregada plenamente a la misión de su Hijo. Los nueve meses de embarazo fueron como unos continuos ejercicios espirituales para la Virgen pues su mirada y corazón estaban únicamente centrados en Jesús. Y cuando nació fue todavía más. Vi como la Virgen centró toda su vida en su Hijo. Creo que nadie, ni los santos más contemplativos en sus éxtasis más intensos con Jesús, han tenido una mirada tan centrada en el misterio de Cristo. Y sin embargo aquello no le impedía atender el resto de tareas y obligaciones de su estado: la vi conversar con San José, con vecinas, cocinar, hacer tareas domésticas, cumplir sus obligaciones religiosas, ayudar a los necesitados... todo esto sin perder ni la más mínima atención sobre Jesús, a quien miraba continuamente sobre todo para aprender de Él y conformarse a su divina voluntad. Yo no sé como esto es posible pero comuniqué lo que entendí. Conforme pasaban los años María más y más se conformaba a su Hijo.

concepción y el nacimiento del Hijo de Dios hecho hombre necesitaba convenientemente una concepción y un nacimiento virginal, pues aquel que es Hijo único del eterno Padre no debía tener padre humano. Asimismo la admirable conjunción de la divinidad con la humanidad en Jesús, algo supuestamente imposible de ocurrir por estar tan alejadas la naturaleza humana finita y creada de la naturaleza divina infinita y eterna, necesitaba por conveniencia ser sellada con un signo físico milagroso que uniera dos realidades aparentemente imposibles de conjuntar: la virginidad y la maternidad. Por eso la virginidad de María es signo de la divinidad de Jesús.

-Muchos creyentes no ven posible esta concepción virginal...

San Bernardo se rió, lo cual me sorprendió mucho:

-Y dime, ¿esos creyentes creen realmente en un Dios todopoderoso que ha creado de la nada el universo entero?

De repente el arcángel San Gabriel volvió a pasar volando por el cielo con un nuevo pergamino que desenrolló cuando pasaba por nuestras cabezas. Pude leer:

“Si alguno no confiesa, de conformidad con los Santos Padres, que la santa Madre de Dios y siempre virgen e inmaculada María, propiamente y según la verdad, concibió del Espíritu Santo, sin cooperación viril, al mismo Verbo de Dios, que antes de todos los siglos nació de Dios Padre, e incorruptiblemente le engendró, permaneciendo indisoluble su virginidad incluso después del parto, sea condenado”.
(Santo Concilio ecuménico de Letran)

elegida y preparada para dicha misión Ella, no obstante, no fue forzada a admitir el plan de Dios sino que fue dejada en plena libertad para aceptar, o no, la voluntad divina. Cuando la Virgen, con un amor, humildad y obediencia a Dios como creo que nadie es capaz de ofrecer aceptó plenamente lo que le era comunicado, sucedió una cosa admirable. En ese instante apareció la figura de Dios Padre que, abriendo sus manos hizo descender al Espíritu Santo sobre la Virgen. Unidas a estas dos personas divinas (Padre y Espíritu Santo) iba el Hijo eterno. Una luz increíble sacudió mis ojos y me cegó por completo. Dejé de ver lo que sucedía: sólo había luz. No obstante mi entendimiento espiritual seguía captando el misterio: esa luz era el momento en el que era creada la sagrada humanidad (cuerpo y alma) a la que se unía instantáneamente la persona divina del Hijo. Dios se acaba de hacer hombre. Y María, por ser la madre de la naturaleza humana que acaba de ser asumida por Dios Hijo se convertía inmediatamente en la Madre de Dios. Su gracia y santidad crecieron de una manera tan grande que me pareció en cierto modo infinita. Ya la que tenía siendo niña y joven me había parecido imposible de superar... ¿qué decir ahora? Debo admitir que mi mente, a pesar de estar siendo iluminada de forma sobrenatural, no pudo entender plenamente el misterio que acababa de contemplar. Aquello me superaba.

Un inmenso coro de voces preciosas (entendí que eran todos los ángeles del Cielo) comenzaron a cantar la melodía más exquisita que jamás oído humano escuchó. Nada que ver con las composiciones más hermosas de los mejores

músicos de la historia humana. Era un canto tan bello y arrebatador que pensé para mí: “Si el Cielo consistiera en escuchar esta canción continuamente ya me daría por más que satisfecho”. Aquella canción tan sólo repetía: “Salve Madre de Dios, salve Madre de Dios, salve Madre de Dios...”.



Entendí, asimismo, y creo que fue el comienzo de lo después se me explicaría, como la Virgen, al aceptar el plan de Dios, había sido instrumento para traer a Jesucristo al mundo y con Él la salvación. Sin María no hay Jesús y de alguna manera nuestra salvación viene a través de la Virgen. Eso entendí, sin comprender plenamente el misterio.

Virgen por siempre

Aquella luz que rodeaba el misterio de la Encarnación provenía sobre todo de Jesús, Dios eterno y fuente de toda gracia. Pero junto a Él estaba la luz que provenía de la Virgen, que no era sino la misma luz puesto que María vivía en una completa y altísima unión con Dios. Vi que la luz no sólo se irradiaba desde su alma sino también desde su cuerpo. Como contestando a lo que entendía San Bernardo me dijo:

-El cuerpo glorioso de María Santísima también quedó santificado. Ten en cuenta que de ese cuerpo salió la naturaleza humana destinada a unirse al Hijo eterno.

En ese momento recordé algunas conversaciones que había tenido a lo largo de mi vida con algunas personas creyentes que ponían en duda e incluso negaban el hecho de que María hubiera sido virgen en todo el proceso de la encarnación de Jesús y posteriormente durante toda su vida. San Bernardo volvió a hablar como si fuera consciente de mis pensamientos:

-Estas entendiendo con la luz sobrenatural que te ha sido concedida el gran valor de la virginidad de María. La